



Sucedió en San Juan de la Rambla

PRIMER CONCURSO DE RELATOS BREVES

2022

UNA VILLA DE *Cultura*

Ayuntamiento de San Juan de la Rambla



*Sucedió en
San Juan de la Rambla*

Primer concurso de relatos breves 2022

Sucedió en San Juan de la Rambla

Primer concurso de relatos breves 2022

Sucedió en San Juan de la Rambla.
Primer concurso de relatos breves 2022
©Ayuntamiento de San Juan de la Rambla

Gestión editorial

Lecanarién ediciones
www.lecanarienediciones.com
info@lecanarienediciones.com
Av. Mayorazgo de Franchy, 28
La Orotava - Santa Cruz de Tenerife
922 088 073 - 674 813 313

Primera edición

Santa Cruz de Tenerife, septiembre 2022

DL: TF 528-2022

Mariam Haidi Yanes
Alesánder Pérez Díaz
Fernando Armas Pérez
Eduardo García Borges
M^a Jesús Rodríguez Rodríguez



San Juan de la Rambla es una Villa de Cultura. Ya lo dice nuestro eslogan y ya lo demuestra este libro que hoy tienen en sus manos que recoge una muestra de la creatividad que caracteriza a los rambleros.

Estos relatos, pertenecientes al primer concurso de relato breve “Sucedió en San Juan de la Rambla”, no sólo son un espejo de los excelentes artistas, en este caso escritores, que tenemos en nuestro municipio, sino que también nos permiten subrayar que la Villa es el escenario perfecto para servir de contexto a multitud de historias de diferente carácter. No sólo eso, también excelente escenario para tomarse un descanso leyendo en cualquiera de nuestros rincones y disfrutar, como añadido, de uno de los paisajes más bonitos de la Isla.

Índice

Sobra explicar el orgullo que supone la alta participación en el concurso y la predisposición para que haya una segunda edición, que sin duda tendremos. Nuestro objeto es consolidar este certamen como referente de las celebraciones del Día Internacional del Libro. Quiero no dejar pasar la ocasión de felicitar a todos los participantes y a todos aquellos que pensaron en participar pero no llegaron a tiempo. No dejen ningún relato en el cajón. Preséntenlos en próximas ediciones. Cualquier manifestación artística debe ser expresada, reconocida y aplaudida.

Y a ti, lector, no me queda de otra que avisarte que vas a disfrutar de un excelente rato leyendo estos textos y como consecuencia, vas a amar, si no lo haces ya, cada rincón de nuestra bonita localidad de “Luz y Serenidad”.

¡Larga vida a los relatos breves que suceden en San Juan de la Rambla!

Jesús Ezequiel Domínguez González

Alcalde – Presidente de la Villa de San Juan de la Rambla

Un amor de verano

Mariam Haidi Yanes..... 11

Bienvenido seas, Florencio

Alesánder Pérez Díaz..... 23

La Peseta

Fernando Armas Pérez..... 35

Lúces, cámara, San Juan

Eduardo García Borges..... 51

Papá

Mª Jesús Rodríguez Rodríguez..... 57

Mariam Haidi Yanes

Un amor de verano

No podía creer que realmente fuera cierto, el tiempo estaba enloqueciendo y junto a él todos nosotros, quienes sin quererlo nos habíamos convertido en sus víctimas, unas víctimas presas del calor pegajoso, que ahora se dedicaba a recubrir poco a poco cada milímetro de piel con una sustancia húmeda y viscosa. Aún no salía de mi asombro, cómo era posible que aquel termómetro de mercurio – adornado con números de un rojo brillante, que llevaba toda la vida decorando ese espacio en blanco de la pared de la cocina –, marcara treinta y cuatro grados. Con tan solo mirar en su dirección mi cuerpo se iba derritiendo - como un helado siendo contemplado por un refulgente sol durante un día de verano - y sentía como el sudor sofocante por el que me encontraba cubierto se multiplicaba a medida que transcurría el tiempo.

Durante un momento, me paralicé e intentando no olvidarme de respirar – aunque durante esos instantes fuese una tarea extremadamente complicada debido a la opresión en la que me sumía el ambiente – sopesé

todas mis opciones por muy imprudentes o atolondradas que pudieran resultarle a una persona cuerda, alguien quien aún fuese capaz de mantener la mente lucida a la hora de tomar una decisión tan importante como la que me disponía a escoger yo. Mi única esperanza era el tacto frío del agua acariciando mis hombros, para luego descender suavemente por mis brazos a la vez que mimaba cuidadosamente mi espalda, refrescando y dejándome respirar de nuevo, después de casi haber sido asfixiado por el ardor infernal que se podía respirar en el aire de la mañana.

Pero, para mi pesar, el baño estaba ocupado y en casa éramos demasiados, muchos más de los que una pequeña duchita con más años de los que en ese momento era capaz de concebir, pudiera soportar. Papá parecía haber escuchado mis pensamientos, por lo que se me había adelantado sin previo aviso, para sugerirme la que aún hoy considero la mejor idea que nadie me hubiese podido dar en ese verano del sesenta y cinco. De hecho, ahora echo la vista atrás y no logro comprender como no se me pudo ocurrir antes. Haciendo así caso al consejo de papá y sin pensármelo dos veces, salí a la calle, sintiendo de repente una ferviente brisa que me vapuleo el rostro con su hirviente sople. Después de terminar unas tareas, corrí lo más rápido que pude para encontrarme con Juan y Alberto, donde siempre, en el camino del Chorro, nuestra calle, nuestro refugio, allí donde tramábamos todas nuestras travesuras y diabluras desde que éramos tan solo unos muchachitos. Como siempre, estaban allí esperando la llamada de la aventura y para su sorpresa

hoy les traía la mejor propuesta para saciar esa necesidad de refrigerar nuestros pegajosos y agotados cuerpos.

Sin pronunciar una sola palabra, comprendieron con la única pista de mi mirada hacia donde nos dirigíamos. A ese gélido templo que a la vez resultaba tan cercano y reconfortante y que se convertiría en nuestro santuario durante todos los insostenibles días de verano que estaban por llegar.

Las aguas serenas y transparentes refulgían a la luz del sol del mediodía, otorgando a nuestras mentes una paz inquebrantable, imposible de hallar en cualquier otro lugar sobre la faz de la tierra. Con la ilusión reflejada en nuestros rostros después de haber divisado el edificio, corrimos como si no hubiera una mañana y sorprendentemente, gracias a nuestra complejidad aún joven y con restos de una reciente niñez, llegamos a nuestra meta antes de lo previsto. Pero para nuestra sorpresa al entrar a la gigantesca edificación – por lo menos vista a través de los ojos de tres efébos, desconocedores de todo el mundo que todavía les quedaba por ver –, una señora – a quien juraría haber visto más de una vez en la venta – nos detuvo y de forma amable nos dijo que aún no nos podíamos bañar, debíamos esperar a que las muchachas terminaran su sesión.

En esa época no nos podíamos bañar todos juntos, estaba muy mal visto y por ese motivo había unos horarios determinados para las mujeres y otros a distinta hora para los hombres.

Ese día llegamos un poco antes de la hora de baño masculina, por lo que tuvimos que esperar sentados en un pequeño banquito que se encontraba al lado de los vestuarios. La anciana fue realmente amable con nosotros y cortésmente nos invitó a pasar para que la espera no resultara tan incómoda, estaba claro que por muy pequeño que fuese el banco para tres zagalas de una altura considerable era mucho mejor que las gigantescas e incómodas piedras que rodeaban el edificio.

Una vez sentado – y siendo sincero, cuando casi no podía aguantar ya el calor –, alcé la mirada y sentí cómo una sensación de aturdimiento y sorpresa me invadía, para luego tornarse en un sentimiento desconocido para mí hasta ese momento. Las manos me comenzaron a sudar como nunca lo habían hecho y por más que quisiera, la parálisis que me había invadido me impedía pronunciar sonido alguno. Era como si me hubiesen congelado en el tiempo, como si estuviese experimentando todas las emociones posibles al unísono. Dejé de sentirme dueño de mis actos por un momento y fue entonces cuando viajé a otro mundo, a otra realidad, una en la que solo existíamos nosotros. Ahora la señora ya no estaba, me había quedado solo en ese diminuto banco y la piscina se había quedado vacía, completamente vacía, excepto porque ella estaba allí.

Ella, la responsable de todo, quien me había neutralizado con su presencia, quien había puesto mi mundo a sus pies y quien ahora me observaba con esos enormes ojos verdes, los ojos más bonitos que recuerdo haber visto jamás, parecía que fuesen capaces de ver mi alma y

leer hasta el más recóndito de mis pensamientos. Esos dos luceros almendrados, dulces y profundos, de un color esmeralda único, parecían contener en su interior millones de galaxias con infinidad de tonalidades y matices que me conmovían, nunca me cansaría de mirar esos amables y solemnes ojos, en los que podría perderme con total facilidad. Me habían hechizado. Esos cabellos rizados de un castaño brillante con destellos dorados enmarcaban su risueño y alegre rostro, un rostro que jamás nadie podría imaginar sin haberlo visto antes, pues tal era su belleza que nada que conociera hasta ese momento se le asemejaba. Sería ridículo que alguien pudiese soñar con unos labios carnosos tan perfectamente definidos, unos labios tan rojos como la sangre y tan suaves como la seda. Su piel era sutilmente morena y contaba con un brillo delicado jovial y resplandeciente.

Me había desvanecido, en ese momento solo la veía a ella, a nadie más, parecía comprenderme incluso sin saber quién era, al mirarme no solo me veía, sino que a través de sus ojos podía ver cómo era realmente su esencia.

Juan y Alberto me estaban hablando, se habían percatado de mi ausencia, pero yo no conseguía distinguir lo que me querían decir del eco que formaban sus voces. Hasta que de repente, desperté de mi ensoñación. Mis amigos me miraban de un modo extraño como si fuera la primera vez que me hubieran visto o para ser más precisos, como si fuera la primera vez que me hubieran visto de ese modo, distraído, ensimismado. Pero yo era el único conocedor de la verdad y temía que

la bella muchacha de mis sueños también se hubiera percatado de este embarazoso acontecimiento, por lo que al momento volví a alzar la vista para localizar a la causante de mi locura. La había perdido y no la encontraba, esa frustración fue absolutamente dolorosa, casi indescriptible. Durante unos instantes me invadió un vacío inexplicable, pero cómo era posible que sintiese algo tan profundo por una desconocida, una muchacha a la que había visto tan solo una vez en mi vida, era algo realmente absurdo y carente de sentido, pero mi desconsuelo era tal que me desplomé de rodillas y mi rostro se volvió lívido, parecía que todo rastro de vida hubiera desaparecido de mi cuerpo.

Pero, de pronto, sentí el tacto cálido y suave de una delicada mano que emanaba un sublime aroma floral. Mi respiración se detuvo y entonces una voz angelical se dirigió hacia mí.

—¿Te encuentras bien? — me preguntó con un rostro lleno de preocupación.

Mis ojos miraron los suyos con una expresión de incredulidad y sorpresa, pero mis cuerdas vocales no emitieron ni un solo sonido. Era ella, la había encontrado o, mejor dicho, ella me había encontrado a mí.

—¿Te has mareado? — dijo después de una pequeña pausa mientras me miraba con esos ojos atentos.

—Sí, un poco — no sé cómo me conseguí responder.

—Será por este calor de locos — bromeó afablemente —, aún no me explico cómo hemos llegado a los treinta grados en pleno mes de abril. Aunque, así es el clima en las Aguas — se rio entre dientes —.

Yo no había apartado la vista de esos fascinantes luceros que me iluminaban y ella aún mantenía su reconfortante mano sobre mi hombro, por si acaso volvía a desvanecerme y me lastimaba de verdad.

—¿Te encuentras un poco mejor? — me volvió a preguntar, esta vez un poco más calmada.

—Sí — respondí un tanto desconcertado —, creo que sí.

—Bien — me sonrió amablemente, dejando al descubierto una deslumbrante sonrisa, capaz de contentar hasta a la más desdichada persona del universo —, en todo caso yo debería ir a cambiarme — dijo mirando hacia los cambiadores.

Sin darme cuenta, durante mi arrebato, había impedido el paso a la entrada del vestuario de señoras y ahora, muy a mi pesar muchos ojos recaían sobre mis hombros, todos portadores de miradas realmente severas — en especial las de un grupo de ancianas que me miraban con una mueca de desaprobación —. Todas esas personas me miraban con reproche, todas menos una, mi musa de ojos esmeralda, quien aún me miraba con preocupación y dulzura.

—Perdóname, no me había dado cuenta — me levanté precipita-

damente –. Lo siento de veras –, me volví a disculpar sintiéndome la persona más desdichada del mundo, pero entonces ella me dedicó una de sus sonrisas haciendo olvidar mi pena.

– No te preocupes – me volvió a sonreír –. Nadie tiene prisa, por muy mala cara que pongan algunas – comentó casi en un susurro, para que solo yo fuese cómplice de la broma.

Sin renunciar a su sonrisa miro al grupo de ancianas y luego volvió su vista hacia mis ojos, quienes en ese momento acompañaban a una risita sigilosa causada por la pequeña burla.

Juan y Alberto nos miraban con recelo y no tardaron en unírseles algunas señoras que se encontraban cerca de ellos. Nosotros aún nos mirábamos fijamente – sus ojos eran increíblemente alegres, poseían un brillo extraordinario, que parecía tener el don de guiar hasta a la mezquina y oscura de las almas –. Al instante comprendí la situación y me volvieron a sudar las manos, no a causa del calor sofocante que nos envolvía, sino porque era ella quien me miraba ahora, quien me observaba con esas dos inmensas ventanas que me mostraban mundos y universos desconocidos por cualquier otro ser humano, lugares a donde solo estaría dispuesto a viajar en su compañía.

En ese momento, un grupo de jovencitas de nuestra misma edad nos miraron y llamaron a alguien.

¡Elena! – nombraron dos de las muchachas mirando en nuestra dirección –. Nos tenemos que ir ya – explicó una de ellas mientras avanzaba un paso hacia nosotros.

Vale, ya voy – contestó con su voz aterciopelada y angelical, dedicándole a sus amigas una pequeña sonrisa, nada en comparación a la que había compartido conmigo.

Elena, ese era su nombre, Elena. Le venía como anillo al dedo, era como si hubiesen querido inmortalizar su belleza dotándola de tal conveniente nombre. Elena, mi hermosa Elena, que resplandecía hasta en la más espesa oscuridad y quien daba brillo a mi vida.

Ella volvió a mirarme, pero no como hacía todo el mundo. Ella me miraba a los ojos. Además, cuando lo hacía parecía no importarle el resto del mundo, solamente mis ojos y lo que juntos compartíamos con la mirada.

Si te vuelves a sentir mareado, será mejor que te recuestes en el suelo y levantes un poco las piernas – me sugirió con una sonrisa sincera y amable.

Gracias – la miré anonadado –, lo tendré en cuenta.

Ah, ¡Qué maleducada! – exclamó cambiando la expresión sonriente de su rostro para convertirla ahora en un gesto sereno, pero que albergaba algo de culpa, como si hubiese ocultado algún tipo de información

de especial importancia –. Me llamo Elena.

Mateo – farfullé, hasta que conseguí decir lo que realmente quería –. Mi nombre es Mateo – noté como enrojecí y mis mejillas se tornaban en un color rosado que me envolvía en una situación completamente vergonzosa.

Escuche la risita melodiosa y divertida de Elena.

Encantada, Mateo – me dijo con una sonrisa de oreja a oreja, para luego proceder a dirigirse a los vestuarios.

Yo no sabía como reaccionar, me invadía un miedo terrible a ponerme en evidencia delante de ella, nunca había estado tan nervioso y sin pronunciar una sola palabra presencié como entraba a los vestuarios. Su paso grácil se asemejaba al vuelo de una mariposa y este era el culpable de haberme terminado de enloquecer.

Una vez que la perdí de vista escuché las voces de Juan y Alberto.

Mateo, ¿estás bien? – preguntó Alberto preocupado.

¿Te has hecho daño? – dijo justo después Juan.

Sí, estoy perfecto – afirmé con la mirada perdida –. Vayan a bañarse, ya luego los alcanzo – les dije esta vez mirándolos a los ojos y sonriéndoles para que pudiesen dejar a un lado su preocupación y disfrutasen de su merecido baño refrescante.

Al principio la idea les resultó atractiva, pero después de haber dado unos pasos hacia la piscina se giraron de nuevo a mi encuentro. No recuerdo muy bien quien de los dos habló.

Si te vuelves a encontrar mal, avísanos corriendo, ¿vale? – preguntó uno de mis amigos.

A lo que yo asentí reflejando en mi rostro una sonrisa de gratitud, la forma perfecta de darles la tranquilidad que en ese momento ansiaban.

Después de unos minutos, ya me encontraba sentado en ese músculo banquito, ensimismado con mis pensamientos. Y fue entonces cuando mi ángel apareció para despertarme, ya no estaba tapada de los hombros a las rodillas con esa inmensa toalla azul pastel, sino que ahora llevaba un hermoso vestido amarillo de tirantes con pequeños dibujitos de florecillas rojas. Estaba preciosa, como siempre.

Sin pensármelo dos veces decidí intervenir, no podía dejarme que se fuera para no volverla a ver más, era demasiado arriesgado.

¡Elena! – dije de pronto.

Esa fue la mejor decisión que he tomado nunca, fue el mejor momento de mi vida. Así fue como comenzó todo.

Ya no te puedo contar nada más, es hora de irse a dormir, mañana abuela terminará de contarte la el resto de nuestra historia.

Alesánder Pérez Díaz

Bienvenido seas, Florencio

Noviembre de 1826

Desde bien temprano, los rayos del sol se alzaron álgidos sobre el horizonte límpido que vio amanecer la isla aquel domingo de principios de noviembre. Y desde primerísima hora, se colaron impudorosos por todas las rendijas del pueblo con afán de advertir a sus habitantes de lo que habría de suceder días después.

Sin embargo, ninguna de las almas del viejo San Juan supo leer las premoniciones ocultas en el fulgor del astro, que brillaba demasiado animoso para el mes de los vientos. Y las gentes, dadas al disfrute, aprovecharon la mañana para apacentarse en su calor, hasta que se les tostaron las pieles como granos de rico café sudamericano.

Según pasaban las horas, el eco bullicioso inherente al día de descanso se acrecentó con un vaivén constante de locales y visitantes, que apuraban su trajín callejero a la poca sombra que iba quedando. Pero

de improviso, por encima de cualquier ruido mundano, repicaron las campanas que anunciaban la misa de doce con un anticipado tañido impropio de aquella hora. El anuncio a destiempo logró soliviantar el ánimo de la pequeña de las hermanas Díaz.

— ¿Pero cómo va a ser ya mediodía? —se preguntó Juana en lo que corría a asomarse a la ventana.

—No te apures, hermana. ¿No ves que el monaguillo nuevo no ve tres en un burro? —le explicó María acercándosele.

—¿Tú crees que sea por eso? —preguntó curiosa.

—Ya te digo yo que sí. Tiene al padre Anselmo deschavetadito — afirmó. María se sacó un viejo reloj de bolsillo del dobléz del traje y lo miró atenta.

—Por el reloj de padre no son sino las once —expresó con seriedad. Juana respiró tranquila.

—Venga que todavía te da tiempo de peinarme —la animó María.

—¡Bien te gusta que te arregle el pelo! —se quejó—. Cualquiera día me pides que te peine el conejo.

—¡Tremenda bruta! ¿No ves que te van a escuchar los criados? ¡No digas eso donde te oigan! —le rechistó.

María se llevó la mano a la frente en señal de preocupación.

—El día menos pensado me dejas en vergüenza delante de la gente. ¿Ves por lo que madre no te quería sacar de casa? Tienes que estarte más calladita —le reprochó.

—¿Ahora me vas a tirar puntas otra vez con lo de que padre nos abandonó porque no nació completa? ¡Yo no tengo la culpa! —gritó Juana furiosa.

—Deja de mentar a padre cada vez que te enfadas, y péiname igual que me dejaste el día que me casé con Miguel —ordenó María recelosa.

Juana abrió con dificultad varios de los compartimentos del tocador regio que había en la habitación, hasta que encontró el peine de plata que más le gustaba.

—No hay quien abra estas gavetas. Están igual de trancadas que cuando hay mucha humedad —se extrañó.

María se sentó con pesadez en la butaca que había frente al espejo, mientras Juana llegaba por detrás para colocarle sus preciosos cabellos largos sobre la espalda. Con cierta regularidad, la pequeña de las hermanas gozaba de recrearse en el arte de arreglarles las cabelleras a sus vecinas, entre las cuales se había ganado cierta fama con el tiempo.

Su madre fue quien la alentó desde joven a entretenerse con aquella distracción que convenía a toda la familia. De tal modo, pudieron evitar que Juana anduviese metiendo las narices en el manejo de los

asuntos más delicados, para los cuales la matriarca consideró preparar solo a María.

—¡Ay! —María dio un brinco y se palpó la barriga.

—¿Qué tienes? —se preocupó Juana.

—El niño me dio una patada —explicó.

—¿Cuándo es que sales de cuentas? —le preguntó.

—Según don Eustaquio, la semana que viene. Pero a mí me da que este niño nace antes de tiempo. Tengo un presentimiento —profetizó María.

—¿Y Miguel cuándo vuelve de la zafra en Icod de los Trigos? —quiso saber Juana.

—Me dijo que el miércoles o el jueves, cuando pagase los sueldos. Seguramente va a venir con Roberto —anunció.

Juana enmudeció de repente.

—Yo sé que a ti te gusta Roberto. Si te portas bien, te dejo que vayas a hablar con él — agregó María.

Con diligencia, ambas hermanas terminaron de arreglarse y procedieron a vestirse con la ropa de domingo que se guardaba para alardear delante de aquellos que, por desgracia, habían nacido sin posibles. Pero al bajar a la calle, el sol las deslumbró de tal manera que sus presunciones estilísticas pasaron a un segundo plano.

Se entrelazaron por el brazo y caminaron juntas hacia la iglesia. Pero al doblar la esquina de la calle Estrecha, se toparon con doña Pilar que corría apurada.

—¿Adónde va con tanta prisa, Pilarito? —se adelantó Juana a preguntarle.

—A recoger la ropa. ¿No ves que va a llover? —respondió enloquecida.

—¿Pero cómo va a ponerse a llover con el sol que hace? —se extrañó María. Las hermanas Díaz se miraron con sorpresa.

—Esta mujer cada día está peor —indicó Juana.

—Vamos a entrar ya que después nos sacan el cuero por llegar tarde —se apuró María.

A la salida de misa, las gentes se agolparon en la plaza para intercambiar pareceres, mientras los niños correteaban por el lugar tratando de matar el hambre del mediodía con un empacho de rayos de sol. Entre la muchedumbre, María alcanzó a ver a la partera del pueblo y le hizo seña de que se acercase.

—Tremendo responso echó el padre Anselmo hoy, doña Milagros —le dijo a modo de saludo.

—Calla, que el monaguillo no lo hace sino coger nervios. ¿No oyeron las campanas a deshora esta mañana? —expresó con algo de asombro.

—A mí me pusieron inquieta —cuchicheó Juana con disimulo, por miedo a una reprimenda.

Milagros observó la barriga de María.

—Mi niña querida, esto ya está casi a punto —dijo poniéndole la mano con cariño sobre el vientre.

—Yo creo que se va a adelantar. Tengo tal pipota que no aguanto la cintura —se lamentó la embarazada.

—No se apuren en llamarme a la hora que sea —indicó la partera antes de despedirse.

Al ratito, las hermanas Díaz acordaron regresar a casa. Aunque por el camino, encontraron a dos lengüinas viejas sentadas en la plazoleta a la sombra de las palmeras.

—María, ¿todavía no viene Miguel? Mira a ver si se va a perder el nacimiento —le espetó Jovita con falsa preocupación.

—Descuide que voy a mandarle recado de que pase a avisarla a usted primero desde que llegue —le contestó la muchacha con rabia.

—Tampoco es pa' ponerte de esa manera, mujer —replicó la vieja algo avergonzada.

Juana y María, que apenas se pararon frente a las señoras, siguieron rápidas su rumbo. Sin embargo, la vieja lianta aguardó hasta que las vio desaparecer para continuar con su chismorreo.

—Ya te digo yo que esta acaba sin marido como la madre —Jovita se reafirmó en su convicción.

—No seas agorera, mujer —le recriminó su amiga Argelia.

La tarde del domingo discurrió ligera entre juegos de naipes que entretuvieron a las hermanas hasta que cayó la noche. Y a la hora en que las almas se acostaron a dormir en el pueblo, una tranquilidad inquietante pareció apoderarse de las calles y aparecerse entre los sueños.

Al albor del lunes, el cielo amaneció revuelto. Las nubes parecían finas hilarachas de algodón que se iban juntando las unas con las otras para cambiar de forma constantemente. A la hora del desayuno, los pájaros desistieron de poblar el aire y no se atrevieron a volver a entregar sus alas al vuelo en todo el día. Por un ínfimo instante, pareció que, cuando todos ellos habían encontrado refugio, el mismo cielo cayó con aplomo sobre la tierra enjuta.

Las primeras gotas fueron recibidas con el júbilo de que los campos secos de un verano insoportable quedaban por fin regados con el brío suficiente para obtener una próspera cosecha. Los sanjuaneros se recrearon en aquella magnífica idea durante algunas horas, hasta que los estómagos aclamaron el potaje del almuerzo.

Sentados a la mesa, algunos se atrevieron a poner en entredicho que aquellas lluvias fueran un regalo de Dios. Y aunque a la mayoría se los trató de locos, el tiempo les dio la razón de que las aguas fueron un veneno enmascarado bajo el disfraz de un invierno anticipado.

La tarde transcurrió larga en los hogares de la localidad, ya que sus habitantes añoraron la posibilidad de pasar el día por fuera debido a las lluvias. Y muchos se apuraron a refugiarse bajo el peso de las mantas, para evitar el frío repentino que entraba por las ventanas.

Para cuando se sirvieron las cenas, las calles adoquinadas del pueblo comenzaron a tornarse tímidos riachuelos, cuyas aguas turbias corrían en búsqueda del camino más fácil al descanso que les otorgaba la mar.

A medianoche, las nubes bramaron sendos truenos que despertaron a los pocos que habían conseguido dormir en el pueblo aquella noche. En la casa de las Díaz, María se alongó por la ventana del cuarto, y a la luz de la luna llena alcanzó a ver cómo el diluvio arreciaba su precipitación desde los cielos.

Entonces, el rayo más fulgurante que jamás se había visto hizo de la noche día por un segundo. Y su trueno reverberó con el ímpetu del rugido más potente que logró emitir la naturaleza, hasta que María se dio cuenta de que el bebé quería nacer. Por sus piernas, fluyeron las aguas de su vientre, y por su rostro, las lágrimas de saberse falta de su amado marido en el momento más importante de su vida.

Acongojada, se apresuró a llamar a su hermana.

—Corre, Juana. Manda al servicio a que me traigan a Milagros, por Dios. Que salgan por la puerta de arriba que por la calle baja un barranquillo —aconsejó.

Juana saltó de la cama al verla entrar en su habitación y corrió a cumplir sus órdenes. En menos de media hora, la partera llegó a casa de las Díaz en compañía de la nueva sirvienta que habían mandado para buscarla.

—Clarita, no le digas nada a las señoras pero dicen que en Icod de los Trigos las lluvias fueron catastróficas —Milagros se desahogó con la sirvienta.

—¿Y está bien el señor Miguel? —se alarmó la muchacha.

—Cállate —le chistó—. Que no te oigan las señoras que se chiflan de la cabeza.

La sirvienta ayudó a la partera a cambiarse la ropa mojada por una muda nueva, y trajo los trapos limpios y el agua caliente que esta la conminó a preparar. En la habitación de arriba, Milagros encontró a la parturienta.

María sentía que se rompía por dentro, como si todos los huesos se le quebrantasen a la vez por aquella tortura indeseable. Sus alaridos de dolor quedaron ensordecidos por los goterones de lluvia que sonaban como balas de arma de fuego al impactar contra las tejas que cubrían las techumbres centenarias.

—Empuja, hermana —la animaba Juana.

Pero por más que María quisiera, y por más que apretase sus músculos, parecía que el bebé se resistía a abandonar la protección de sus

entrañas, donde permanecía al resguardo de las salvajeces del mundo. Mientras afuera, las nubes y los vientos se ensañaban con la tierra en una venganza sin precedentes.

Los barrancos excavados por la naturaleza durante milenios se llenaron de golpe con las aguas que procedían de las montañas, hasta que se desbordaron y bajaron a empujones de barro por calles anegadas de lodo y espanto.

Las escorrentías arrastraron de madrugada a las bestias de los campos, entraron sin aviso en las casas de muchas personas, y con un runrún estrepitoso arrasaron todo cuanto encontraron a su paso.

Al llegar la mañana del martes, San Juan de la Rambla despertó bañado por la luz del mismo sol que había brillado con fuerza días atrás. Pero ahora, sus rayos no tostaron la piel de los sanjuaneros ni acrecentaron su alegría, sino que palparon las ruinas que el diluvio había dejado. Los habitantes del pueblo lloraban sobre el lodo la pérdida de sus seres más queridos, y la miseria de su ínfima existencia.

El Mazapé amaneció envuelto en un llanto de aguas que seguían bajando por las veredas de sus imponentes riscos en forma de cascadas que recordaban a las lágrimas del desconsuelo más profundo. Y al mismo tiempo, en la casa de las hermanas Díaz, la dicha llenó las estancias con su inherente felicidad, cuando al fin sintieron el llanto del bebé que María había conseguido parir.

—Bienvenido seas, Florencio —Milagros lo bendijo haciéndole una cruz por encima con la mano derecha.

Desde la cama en la que reposaba, María apenas se enteró de la gravedad del temporal porque su cuerpo estaba aletargado por la debilidad del parto. Su mente entró en un mundo de descanso en el que ni siquiera llegó a entreoír cómo la gente que pasaba por la calle afirmaba que el aguacero se había llevado el puente del pueblo, y que ahora no había manera de pasar los carruajes hacia El Realejo.

En los dos días que estuvo acostada, lo único que comprendió por completo fue que el olor a fango se había impregnado en el ambiente. Y llegó incluso a creer que este era el origen de la dormidera que se le metió en la cabeza, y la hizo perder el sentido durante algunas jornadas.

Al despertar de su letargo, halló a los pies de la cama a Roberto, quien velaba sus sueños entretenido con la bonanza de llevarse a la boca unas piedritas de azúcar. María lo miró confusa y le preguntó por su marido.

—Miguel te mandó este dulce de los ingenios de Los Silos —. Le entregó un saquito de piel con el azúcar.

—Déjate de agasajos y dile que venga —le pidió.

—Lo siento en el alma, María —Roberto tragó una saliva espesa antes de seguir—. A Miguel se lo llevó la tromba cuando intentaba salvar a los medianeros.

Por un momento, María no supo entender las palabras de su amigo. Y de repente, sus ojos se abrieron ante el estupor de lo que acababa de comprender. El pecho se le hendió como si le hubieran clavado el más fiero de los puñales, y fue consciente por fin de que la maldición se repetía y de que su hijo iba a crecer sin padre al igual que ella y su hermana Juana.

Fernando Armas Pérez Relato ganador (Categoría B)

La Peseta

Éxodo 14:21-22

²¹Y extendió Moisés su mano sobre el mar, e hizo Jehová que el mar se retirase por recio viento oriental toda aquella noche; y volvió el mar en seco, y las aguas quedaron divididas.

²²Entonces los hijos de Israel entraron por en medio del mar, en seco, teniendo las aguas como muro a su derecha y a su izquierda.

En la capilla ardiente de la parroquia de San Juan de la Rambla colgaron paños oscuros hechos por las manos diestras de las caladoras del pueblo y con cuatro velones iluminaron la estancia. El ataúd del Marinero, como le decían en la villa, estaba cubierto por un amplio manto negro y ocupaba el centro del silencioso sagrario, un silencio apenas roto por el murmullo íntimo de dos beatas vestidas de luto riguroso cada vez que iniciaban un avemaría.

Paradójicamente, el día que murió por última vez, José Marinero entró a esa misma iglesia, humedeció el índice y el pulgar derecho, se

hincó doblando con dificultad la rodilla y se persignó como solía hacer antes de bajar al Charco de la Laja a pescar, sin imaginar que algunas horas más tarde, el destino soltaría las amarras de su vida y su espíritu navegaría a la eternidad.

Decía Marinero que no quería morir en el mar, pero por ironías de la vida estaba en el mar cuando sintió el malestar en el pecho; la boya se hundió, Marinero tiró de la caña con brío y por azarosa coincidencia, el último sargo de su vida mordió el anzuelo en aquel momento. Fatigado, el pescador se acurrucó entre dos rocas sin comprender aquel maldito dolor y siguió la brega con las pocas fuerzas que le quedaban.

Por su parte, el pez se retorció en el *caletón* para zafarse del anzuelo y huir al fondo revuelto por olas que batían la costa escarpada. Pez y pescador quedaron inmóviles, unidos por el finísimo hilo, hasta que otros hombres, sorprendidos por la quietud de Marinero, se acercaron al veril y confirmaron su fallecimiento.

Se palpó y tuvo una sensación endeble de sí mismo, como si fuera intangible, *inespacial*. Se sentó cómodo al final del banco, en el extremo opuesto a las viejas y supo que no estaba muerto, más bien vivo en la muerte, liberado y ligero.

—¡La peseta, la peseta, señoras! Esa moneda me cambió la vida —prorrumpió sin respetar el silencio lúgubre de la sala y las oraciones de las beatas que rodeaban el féretro—. ¿No me oyen? —les preguntó impaciente, repantigado en una esquina del banco. Miró a las viejas recogidas que corrían las cuentas del rosario murmurando oraciones y padrenuestros, pero ellas no le prestaron ninguna atención y continuaron susurrando.

Chasqueó la lengua y miró a la techumbre. Tenía demasiado que contarles; llevaba tanto tiempo en soledad que no se aguantó la lengua. Una soledad que llegó porque había perdido muchas amistades en los últimos años por la mala compañía de una botella que rellenaba con vino barato hasta que, en la peor borrachera, se le resbalaba de los dedos mugrientos, caía al suelo, se hacía añicos y entonces rogaba otra al ventero:

—¡Coño! Una de esas viejas, Tomás. ¡Carajo! Que te sobran —le gritaba con palabras ásperas señalando con el dedo las estanterías, con la irritación del sobrio exasperado por volver a levantar el codo y evadirse entre ebrios pensamientos que le distrajeran de las penas de su memoria. Eran botellas de vino que Marinero despachaba a solas y en silencio, con la mirada perdida en lo más lejos del mar, donde una fina línea lo separa del cielo.

«Pescas a vino», le decían las lenguas del pueblo por esa actitud turbada, «ya no usas ni *engodo*, Marinero. Los atraes por el aliento a vi-

nagre» y se reían del viejo cuando, de camino al mar, medio encorvado y taciturno, arrastraba los pies desnudos pues guardaba las alpargatas para los domingos.

En los últimos años le quedaban las carnes justas para cubrir los huesos, porque comía poco y rechazaba los trozos de chorizo y otras comidas que le daba el ama de la Hacienda argumentando, casi con desprecio para que lo dejara en paz, que le sentaban mal en la barriga, que prefería una *fula* con espinas a aquellas viandas, y esquivaba a la mujer diciéndole que después de la pesca, se daría un buen festín.

Y así logró su propósito con el devenir del tiempo: ella dejó de molestarlo y él dejó de comer con fundamento. Marinero cerró la boca y se cerró a sí mismo para que nadie hablara, ni bien ni mal, de su vida y sus vicios.

En realidad, cuando llegaba con las cosas de la mar, porque era buen pescador (eso hay que reconocerlo), las vendía y cambiaba las pesetas por otro relleno del líquido más barato de la venta de Tomás de la avenida, un ácido púrpura-marrón que le quemaba el hígado con cada trago. Bebía hasta caer rendido en el catre viejo y desvencijado del paupérrimo cuarto o hasta que la botella se zafaba de las manos huesudas y se rompía otra vez. Y luego, a casa de Tomás, a suplicar otra...

—Sí, señora. Si me escuchara yo le contaría cómo me cambió la vida esa peseta —se dirigió a las plañideras que no le prestaron atención. Las

mujeres bisbisaban más avemarías, más padrenuestro, como si disfrutaran del recogimiento, de la penumbra de la capilla, de la tenue luz de las velas, de la talla del Cristo crucificado que podía articular sus brazos, de las lágrimas de la Dolorosa, del olor a incienso impregnado en las maderas de los retablos barrocos. Lo dejaron hablar solo, como a un loco. Ni miraron a la esquina del banco donde el Marinero tenía la cara contrita, como si aún le doliera el pecho.

—Yo se lo digo de todas maneras —insistió Marinero a pesar de la indiferencia de ellas—. Fue un principio de otoño a finales del siglo pasado cuando llegó al puerto aquel paquebote; lo recuerdo bien. —Hizo una pausa, inspiró, espiró y miró el precioso artesonado mudéjar del techo para regodearse en la memoria. Evocó el barco que lo cautivó desde su primer arribo a la isla, cuando parecía respirar por encima de la cubierta con aquellas largas chimeneas expulsando el humo de carbón que se incineraba en sus entrañas—. ¡Qué barco más bonito, señoras! Se llamaba el *Irmão dos mares*. Y me enteré por la gente del muelle que era un barco moderno, que la compañía exportadora Marinas había comprado en Marsella, y que otra francesa alquilaba para el comercio con las Indias.

»Y aquel elegante portugués... Cuando mi primo y yo lo vimos bajar por la pasarela arrastrando un baúl, corrimos como almas que lleva el diablo. Mi primo a trompicones casi se cae del empujón que le di —se rio para sí y continuó—: Señor, señor... ¿Le llevamos el baúl?, le pregunté y el hombre, que hablaba buen español, nos dio unas fiscas en agradeci-

miento y nosotros enganchamos la caja en las parihuelas y hablamos de camino a la plaza. Me contó que se llamaba Pedro y que lo había llevado la ventura a la isla y que esperaba le fuera buena.

»Creo que se fijó en mi aspecto, porque me miró de arriba abajo: llevaba yo mi camisa de faena, raída y rota por los hombros, los pantalones arremangados por debajo de la rodilla que me ataba con un cordel por la cintura para ceñirlos a mi cuerpo flaco y aquellas alpargatas desgastadas. Para mi sorpresa, cuando llegamos a la plaza y le indicamos de dónde partía la diligencia, ¡me soltó una peseta! Le expliqué que no tenía cambio, pero él insistió en que me la quedara y me deseó suerte con la mar.

—¡Pobrecito, Marinero! Si es que ayer mismo pasó por delante de mi casa cuando iba a su pesca —le dijo una a la otra después del último amén.

—Sí, vecina. No somos nadie. Yo le compraba el pescadito los domingos, ¡casi todos! Y no hablaba nada. Se iba a *cas* Tomás a rellenar botellas directo.

—¿No hablaba?! Después de media cuarta, no callaba, querrás decir, mujer. —Las risas quebraron el sacro silencio, y conscientes, las mujeres volvieron de inmediato a la seriedad de la capilla, temerosas del juicio de Dios.

—Claro, claro —asintió la otra muy bajito—. Ahí es que sí. Entonces era hasta fastidioso con la misma batallita de la Leonor: que se fue, que

marchó, que se ahogó, que no volvió, que enviudó sin casarse. ¡Siempre la misma historia!

—Perdonen que las interrumpa. ¿Es que ustedes no saben cómo me cambió la vida esa peseta? —José se incorporó molesto y apuntó con el índice tembloroso a las viejas—. Yo la amaba y ella a mí otro tanto, como nadie antes me quiso. Ni mi madre, que no la conocí porque se fue con el Señor antes de que yo tuviera conciencia, y conste que la tuve pronto, porque tenía que zafarme de los cintarazos de mi padre, que me perseguía por la casa cuando venía del bar cruzando los pies y se ponía furioso por no pescar o por nada.

¡Por nada, señoras! —Se sentó de nuevo, juntando las piernas y se reclinó apoyando los codos en las rodillas.

—Sufrió, el pobrecito. Dicen que siguió los pasos del padre mucho antes de que la chica embarcara...

—¡En eso no le doy la razón, doña! —la interrumpió otra vez indignado, se llevó el índice a la boca y las corrigió—: Fue mucho después. Leonor y yo nos prometimos. Habíamos planeado casarnos en Las Américas.

»Ya me había hecho mis sueños. Aquel mismo día que don Pedro tomó la diligencia, me fui con la peseta a la tienda de la avenida y compré una caña, un buen sedal, una *pandorga* y me eché a la mar cada día. La Leonor venía a verme a las lajas y los veriles donde faenaba.

Sabía dónde encontrarme y me traía unos panes, se llevaba el pescado y lo vendía en la plaza. En pocas semanas, juntamos muchas pesetas que guardamos para comprarnos el billete.

»Estaba muy ilusionado y de madrugada me iba a Los Roques, me mojaba el culo pa no pasar frío y a dar vuelta a las piedras, a coger carnada pa pescar viejas...

—Era diestro en la pesca. El Marinero se las sabía todas. Es que cuando los otros no agarraban nada, él traía el cubo lleno de samas, viejas, sargos y pulpos —susurró a la amiga contando con los dedos las piezas y rememorando el pescadito que el finado les vendía y que ella asaba o freía.

—Me acuerdo de las lapas y las morenitas. A mi difunto esposo, que en paz descansa, le gustaban fritas también —añadió la otra mujer suspirando y las dos continuaron metiendo sus lenguas en la vida del Marinero.

José las dejó hablar y se acomodó en el banco otra vez. Había conseguido llamar su atención. «Por fin», pensó en silencio porque hacía años que no hablaba con nadie en serio y cuando le dirigían la palabra era para reírse de sus ocurrencias ebrias.

—También me acuerdo cuando llegó al pueblo —continuó una de ellas—. ¿Fue en verano, ¿verdad?

La otra asintió en silencio sobando las cuentas del rosario.

—Julio de 1901 —el Marinero la interrumpió otra vez, completó el dato y prosiguió—: Era joven y don Pedro, antes de marchar, me dijo que lo buscara, que me daría un trabajo en la Hacienda. Cuando el *Irmão dos mares* partió con ella a bordo, levanté velas raudo al norte y me instalé en un cuarto que don Pedro me dejó. Cuidé de sus animales, sembré su tierra y cuando tenía tiempo, iba al mar. Con las pesetas que le ganaba al pescado, seguí ahorrando para embarcar a Las Américas el día que yo también pudiera...

»Pero las noticias llegaron tarde y con cuentagotas. —El Marinero hundió la cara en las manos e imaginó con dolor el naufragio que arrancó la ilusión de su vida—. Ya saben. Cosas de estas islas: que si una tormenta lo desvió, que si llegó, pero a otro puerto, que continuaban la búsqueda... Un año después confirmaron el naufragio. Un año aguardando con un puño apretando el pecho, ¡ahogando la incertidumbre en la taberna! —Se levantó del banco y dio una vuelta al finado—. El resto lo conocen —balbució y se sentó en la misma esquina.

Estiró los brazos, dobló el cuello hacia atrás mirando al techo de madera tan reconfortante y escuchó unos pasos inconfundibles para sus oídos que resonaron en la nave principal de la iglesia con eco atenuado. Abrió los ojos sorprendido y exclamó:

—¡Leonor! ¿Qué haces aquí?

El sombrero de ala ancha oscurecía los ojos de Leonor. El Marinero distinguió la sonrisa cándida que parecía burlarse de su estupor. Llevaba el traje plisado marrón con encajes de corte *evasée* que marcaba su estrecha cintura y que él mismo le regaló para el viaje. De inmediato le vino el recuerdo de Leonor detenida frente al escaparate anhelando tanto aquel vestido; tanto que José empeñó todas sus destrezas marineras, sus ahorros, y se dedicó con tesón a pescar día y noche por ella y para ella.

Por las mañanas, iba temprano a mojarse el culo en Los Roques otra vez y a dejar seca la playa de cangrejillos para carnada; más tarde limpiaba las piedras de lapas. Luego se subía a la laja e iba a por *viejas* y sargos; con la marea baja movía el bichero para atrapar pulpos y, a la tarde, cantaba para cazar las morenas.

Así ahorró, peseta a peseta, para pagar las veinte que le costó el regalo y ocho más para los zapatos que la llevaron ese día a la capilla.

Por un momento, como si un ángel cruzara la estancia, las enlutas viejas dejaron de invocar la intercesión de los santos y en el silencio

oscuro solo se escuchó el abrazo de los amantes que temblaron emocionados. Las lágrimas de ella humedecieron sus labios y el joven Marinero sintió el sabor salado, como el mar mismo.

—Habíamos quedado. ¿No te acuerdas? —le recordó ella. José dio un paso atrás para verla otra vez y sin prestar atención a sus palabras, alabó su belleza con frases cadenciosas:

—¡Qué bien te sienta el traje, Leonor! ¡Estás muy guapa! —le dijo con un brillo húmedo en los ojos y la abrazó con ternura. Le susurró al oído palabras de amor que había repetido tantas veces y ella, ruborizada, lo llamó tonto y sonrió complacida.

Leonor se enjugó las lágrimas y los dos permanecieron un rato abrazados en silencio, columpiando los cuerpos despacio al son de una música invisible, de pie, frente al finado y a las viejas que retomaron el rosario, ajenas a los corazones de los muchachos que palpitaban con fuerza.

—¿Salimos? Esto es tan lúgubre y fuera hace un día espléndido —dijo Leonor. Ella le tomó la mano y el eco apagado de los tacones volvió a escucharse de camino a la gran puerta del templo.

La campana de la iglesia dio despacio las cuatro. El sol brillaba en la calle desierta a aquella hora de la tarde; las pupilas del Marinero se contrajeron de inmediato con el fulgor después de tantas horas de oscuridad y Leonor miró a sus ojos para deleitarse de los iris color azul marino que la enamoraron cuando lo conoció en la verbena de la ciudad. Notó su

mirada y Marinero le apretó la mano, sonrió y continuaron el camino de espaldas a la iglesia. Cuando la campana comenzó a doblar de forma pausada, lenta e intercalada, ya habían llegado al final de la calle Estrecha.

Tenían como testigos las vetustas casas, de tejas rojas limpias y fachadas enjalbegadas, onduladas y luminosas, y los viejos balcones de madera de tea fuertemente incrustados en las altas paredes los observaban, como si fueran un séquito inerte que los flanqueaba.

Pasaron la tienda de Tomás en el momento que el cantinero rellenaba una botella de medio litro que sostenía por debajo del garrafón. El Marinero observó la mugrienta manguerita, con manchas marrones dispares y cuando miró el garrafón en el mostrador, evocó el amargo sabor del líquido púrpura que tanto había bebido, pero no le desveló a Leonor las náuseas que desenterró la escena, sino que apretó su mano otra vez, apartó la vista y prosiguió andando por la avenida. No estaba acostumbrado a hablar de sus vergüenzas y mucho menos delante de Leonor, que tanto esfuerzo había compartido con él en la vida. Ella merecía todo el respeto.



Bajaron a la playa, por el abrupto camino de Los Roques y se sentaron frente al océano. El mar parecía dormir apacible, pues las olas se posaban en los callaos de La Manguita sin crepitar y un lento vaivén azul transparente dejaba entrever el acompasado baile de las algas del fondo.

—Hoy no hay pesca. El tiempo está de sur y los peces no llegan tanto a la costa —le dijo a Leonor tras un silencio corto.

—Lo sé, José. Sé que prefieres la mar embravecida. Pero no hemos venido a pescar. Ya tengo el traje, y ¡los zapatos! —rio levantando los pies pateando el aire como una adolescente emocionada y lo interrumpió—: ¡Deja de pensar en trabajar y en sudar!

El marinero se rio con la ocurrencia también, acarició la piel suave de sus piernas, luego la abrazó, la besó con ternura y le preguntó entusiasmado:

—¿Cómo fue el viaje en el *Irmão dos mares*?

—¡Terrible! Íbamos hacinados, como ganado en cuadras estrechas y el olor a aceite, a humos de las calderas, con el sube y baja de las olas, era nauseabundo. Los niños lloraban y la gente vomitaba por aquí y por allá.

A Marinero se le desdibujó la sonrisa, no dio crédito a Leonor:

—¿En serio?

Ella se rio. Sabía que aquel viaje era el sueño de su vida: embarcar y

navegar para siempre cruzando el Atlántico a América como tripulante del vapor que tantas veces vio atracar y partir del puerto capitalino.

—Estoy bromeando, José. ¡Parece que no me conoces! —replicó pellizcando con travesura sus mejillas—. Fue un trayecto maravilloso, como lo soñaste. Apoyada en la baranda de la cubierta de popa, vi la isla alejarse y hacerse cada vez más pequeña, hasta desaparecer por completo. Se me hizo un hueco enorme en el corazón y me quedé en cubierta unas horas, rodeada por la soledad del mar, pero con la vista puesta en nuestro reencuentro.

José la escuchó embelesado, dibujando en su cabeza el *Irmão dos mares* hincando la quilla en el agua del Atlántico rumbo al futuro que ambos iban a construir.

Con la mirada perdida en las aguas, le confesó:

—A veces desearía que el mar se separase, como cuando Moisés hizo que las aguas se dividieran, y entonces poder andar por el fondo y pescar con las manos. ¡Me habría ahorrado la peseta! —rio y tomó la mano de Leonor.

—Sé dónde está atracado el *Irmão dos mares* —susurró ella en su oído—. ¿Vamos?

—le indicó, se incorporó y tiró de las manos del Marinero que la miró con cara de sorpresa—. Navegaremos siempre, Marinero, ¡hasta que la

vida nos separe! —gritó al cielo con júbilo como una niña loca, y ambos se rieron a carcajadas con la certeza de que estarían unidos eternamente.

Se sujetaron las manos y caminaron a la orilla. El sol poniente radiante los iluminó y Céfito onduló los cabellos de Leonor como si fueran las olas del mar. Siguieron su estela.

Las aguas se separaron y los dos espíritus avanzaron hacia el ocaso del día.

Eduardo García Borges

Luces, cámara, San Juan

Este relato, es un viaje en el tiempo. Muchas historias ficticias han mostrado viajes en el tiempo. En los mismos, los protagonistas viajan físicamente, otros, solo con la mente, y otros, como espectadores invisibles e intangibles, sin riesgo a perturbar el espacio tiempo.

En este caso, el viaje en el tiempo es mental, y se centra en un elemento clave de la cultura en general, pero que ha tenido relevancia en San Juan de la Rambla: El cine.

Al no disponer de una máquina del tiempo como tal, hago un viaje a través de los testimonios de mis padres, que sí pudieron vivir cosas antes de mi nacimiento, en este caso, las asistencias a dos cines del pueblo. Uno de ellos, estaba ubicado en lo que es ahora un negocio de reparación y mantenimiento de vehículos y era conocido como el cine de Ramón Rosa, y su sucesor, se llamaba el Teatro Cine Aurora, que casualmente estaba en lo que es ahora un enorme garaje, pese a ello, un día que entré hace más de veinte años, me sentí como un auténtico viajero

del tiempo, ya que todavía conserva su infraestructura y su ambiente, incluso nada más verlo, podía imaginarlo y así de alguna forma ver a los espectadores, además de que aún sigue existiendo la antigua taquilla de la venta de entradas.

También contemplo a los espectadores, algunos que aún viven y otros que ya no, iban semanalmente, gozando de un ambiente puramente comunitario, haciendo que el pueblo, aun siendo pequeño y en muchos aspectos, humilde, tenía el privilegio de ofrecer contenido del séptimo arte.

Después de ese viaje, no seguí retrocediendo, sino avanzando años después, cuando ya había nacido, con un motivo especial: Evocar mis recuerdos personales en el papel que jugó el cine en San Juan.

Las fiestas de San Juan podrían considerarse mi evento favorito en general, y puedo verme en una de esas fiestas, comenzando a ver una película de comedia, pero su ambientación me dio miedo y no quise seguir viéndola.

Adelanté casi veinticuatro horas después y ahora me veo viendo una película que, si bien es cierto que visioné en un cine convencional, disfruté haciéndolo en un entorno diferente: una noche en la plaza de Rosario Oramas, que siempre ha sido el epicentro de las fiestas, y rodeado de caras conocidas.

Volví a viajar uno o dos años después y ahora me veo en un escenario diferente: El polideportivo del pueblo. Tanto mi familia, como amistades y vecinos en general, viendo en las gradas cuatro películas al día en una enorme pantalla colocada en el suelo del polideportivo.

Seguí viajando y volví a estar de nuevo. Solo puedo verme asistiendo a esa reproducción, pero la sensación sigue siendo la misma que la anterior.

Avanzo en el tiempo y ahora ya soy adolescente, a unos pocos años de ser mayor de edad y ahora estoy en otro barrio, en un espacio más reducido, pero sin que este sea un impedimento para disfrutar de dos películas proyectadas en una pared.

Años después, ya siendo mayor de edad, estoy en un cinefórum, en el espacio conocido como La Alhóndiga, antiguo ayuntamiento y ahora un lugar con mucho potencial cultural y comunitario.

Sigo viajando y vuelvo a estar en la plaza de Rosario Oramas. Una película al año, entretenidas, pero lo suficiente como para desconectar.

Una vez más adelanto el tiempo y después de algunas lagunas, me veo en un festival de cine llamado Menudo Cine, con la diferencia de que no consistía en la reproducción de películas de Hollywood o similares, sino realizadas por creativos de lo audiovisual y de manera participativa, con el fin de compartir sus breves, pero bien elaboradas obras en un concurso cuyos votantes eran los mismos vecinos que asistieron a esas ediciones.

Me veo en dos lugares: Uno en el espacio La Alhóndiga y otro en el Espacio Cultural Rambla, que, si bien este segundo me recuerda más a un cine como tal, la Alhóndiga tiene algo que lo hace muy especial.

También me veo una noche visualizando una película en el Centro Cultural Tabaiiba. En ella y de manera improvisada, me asignan la tarea de cerrar el archivo reproductor del largometraje.

Cinco años después y casi llegando hasta el presente, estoy de nuevo en la Alhóndiga, y no estoy viendo ninguna película, ni un cortometraje, ni siquiera un documental, sino una exposición que muestra a personajes de cine, la mayoría de mi infancia y adolescencia, con el matiz de que todos están coloreados en distintas tonalidades de azul. Como broche de oro, la exposición está ambientada con bandas sonoras de películas. ¿Se podía pedir algo más?

Ahora estoy en el presente, pero mientras escribo, sigo haciendo breves viajes al pasado, en los que me doy cuenta de que esas experiencias concretas no son las únicas que he vivido en cuanto a cine en San Juan, sino todos aquellos cumpleaños, fiestas de Halloween, o encuentros improvisados en general en los que siempre acabábamos viendo una película en los VHS, DVDS, o directamente alguna descargada por internet o en una de las muchas plataformas de pago, teniendo la ventaja de que no era necesario realizar grandes desplazamientos tanto a pie como en coche para ir a esas casas a disfrutar de las películas.

Y todos esos visionados cinematográficos tienen historias detrás, y de eso trata el cine, de historias. Ficticias o reales, pero historias, al fin y al cabo, y estas forman parte de mi vida y son de mis recuerdos favoritos.

No sé si algún día podré escribir todas esas historias, pero de lo que sí tengo la certeza es que, aunque San Juan tenga más características en lo que a cultura se refiere, hace que sienta gratitud por todos esos momentos.

El mundo sigue cambiando, y no sé si alguna vez lo hará para mejor, y reafirmandome en la ausencia de una máquina del tiempo que nos permita viajar al futuro, nunca se sabrá si el cine seguirá o no, teniendo un papel importante en San Juan de la Rambla.

Pero me conformo con que mis padres en concreto si hubiesen tenido la oportunidad de conocer largometrajes en los cines ubicados en el mismo pueblo, y espero que San Juan siga teniendo un pequeño espacio, tanto en la administración como en los pequeños grupos informales para poder compartir y disfrutar de lo que, en lo personal, ha ejercido en mí una gran influencia y gratitud:

El Cine.

M^a Jesús Rodríguez Rodríguez

Papá

¡Qué bien huele! Reconocería ese aroma aunque no tuviera nariz. Rancho con la receta de tu madre. Nunca quiso contarme cuál era su secreto, pero veo que no se lo llevó a la tumba.

Hola papá. Primero: estaría bien que llamas antes de entrar; y segundo: así es, pero lamento decirte que sólo la compartiré con Sofía.

Pues muy bien que me parece. ¿Dónde está Sofía?

Está en su habitación, esperando a que la arrope y le lea un cuento, ¿por qué no subes tú y se lo cuentas? Seguro que le hace ilusión y así puedo terminar con la comida, que prefiero dejarla preparada esta noche, mañana tengo el día ocupado. Ya sabes, buscando piso.

Sí, he visto el tablón fuera con el cartel de se vende, ¿sigues con la idea?

Papá, ya lo hemos hablado. Sofía empieza primaria y me han recomendado colegios muy buenos en Santa Cruz.

¿Colegios buenos? No creo que existan colegios buenos ni malos; tú estudiaste en el Francisco Afonso Carrillo y te ha ido muy bien.

Bueno, eran otros tiempos. Y me queda más cerca del trabajo. En fin, ya hemos hablado de esto.

Sí, ya hemos hablado. Subiré a acostar a la niña.

-Un cuento y a dormir. Gracias papá.

Toc, toc, ¿se puede?

Abuelito, ¿vas a contarme un cuento?

Pues eso parece. A ver, dime qué te gustaría: princesas, los cerditos, Robin Hood...

No, esos los tengo muy vistos, me gustaría alguno de los tuyos.

Pues no se hable más, hoy te voy a contar un cuento titulado "*Sucedió en San Juan de la Rambla*". El protagonista de esta historia se llama Martín Buenaventura.

¡Pero si ese eres tú, abuelo!

El mismo que viste y calza. Voy a contarte cómo un humilde cabrero conquistó el corazón de la más hermosa dama del pueblo.

¿Esa es la abuelita Amalia que está en el cielo?

Así es. Túmbate que te tapo y comienzo la historia.

<< Todo comenzó en septiembre de 1955. Por aquel entonces tenía dieciséis años y era un joven muy popular en el pueblo, no porque fuera el más guapo, ni el más rico, nunca anduve sobrado de belleza ni de dinero, pero era muy simpático, tenía mucha labia y desparpajo, eso lo fui ganando trabajando de vendedor ambulante.

Mi padre era cabrero y mi madre hacía el mejor queso del norte de la isla, como el oficio de andar con cabras no era lo mío, porque a decir verdad era medio bergante, me iba con los chicos a jugar al boliche y dejaba a las cabras pastando solas en el barranco de La Vera. Más de un susto le di a mi padre, porque alguna cabra se perdía.

Por eso empecé a vender quesos por el pueblo, me cargaba mi cesta y de puerta en puerta hasta que los vendía todos. Martín "El Cabrero" me quedé para siempre, pues antes todos teníamos apodos.

Pues una mañana iba con mi cesta a dejar el queso a Doña Herminia, que en paz descanse, era una cliente fiel y siempre dejaba propina y cuando llegué la vi muy atareada adecentando la casa de huéspedes que tenía.

—Buenos días, aquí le traigo el quesito.

—Martín, qué bueno que llegaste muchacho, échame una mano mi niño, que yo después te doy unas perritas para que vayas al cine.

—Y sin perritas Doña Herminia, dígame para qué soy bueno.

—Mira, coge las cajas con las tazas y los platos que están abajo y tráelos aquí, esta gente es fina mi hijo, nada menos que maestra de escuela.

—Buena ya era hora de que se jubilara Don Matías, todavía tengo marcas en las rodillas de las veces que me arrestó.

—Bueno, seguro que algo harías... Y venga muchacho que parece que comiste alpiste, trae lo que te dije.

Cuando bajé vi a Jacinto el taxista maldiciendo por tener que descargar maletas, subí las cajas deprisa y avisé a Doña Herminia de la llegada de la maestra.

—¡Ay Dios mío! Si ya sabía yo que me pillaba el toro, pon todo en la alacena y ayuda a Jacinto con maletas.

Di como tres viajes escaleras arriba y abajo con cajas de libros, nunca vi tantos libros juntos.

—Muchacho, hazme el favor y baja la bicicleta que está en la baca, en lo que me echo un vaso de vino y cojo resuello -me dijo Jacinto casi sin aliento y colorado del esfuerzo.

—Desaté las cuerdas que ataban la bicicleta, era una de esas con cestas como las que salían en las películas, y una voz me paró el mundo.

—Déjame que te ayude, que pesa lo suyo.

Y allí estaba, el ser más bonito que mis ojos habían visto, parecía haber salido de un sueño, era delicada, pero parecía fuerte y segura.

Bajamos la bici y me quedé enmudecido, yo, que era más charlatán que un político, sin saber qué hacer ni qué decir.

—¿A quién tengo el gusto de agradecer la ayuda prestada? - me dijo. Y doña Herminia contestó por mí:

—Martín, avíate que hoy tu madre te mata, aquí tienes el dinero del queso y lo que te prometí para el cine, que hay una de Cantiflas que seguro que está buena. Venga, muchacho, que pareces apachorrado hoy.

—Encantado de conocerla ¿señorita?

—Amalia, Amalia Beltrán, soy la nueva maestra, así que ya le veré por el pueblo, Martín, que tenga usted buen día y disfrute de Cantiflas.

Yo había oído hablar de las mariposas en el estómago, pero nunca las había sentido. Yo debía de tener cientos o miles revoloteando. Esa noche no pegué ojo, pensando en cómo podía cortejar a esa joven. Los chicos de mi edad y más chicos ya andaban con novias, pero yo era más de jugar al fútbol, ir a la asociación de vecinos y que mi padre me dejara entrar para jugar al envite y de ir a cine los domingos.

Así que no era muy experto en amoríos.

Por la mañana temprano cogí mi cesta y me fui a vender, como cada día. Ese día repartía en San Juan. Hacía mucho calor, estaba deseando ter-

minar para ir a darme un baño al charco La Laja. No sé si fue el destino o la buena suerte, pero allí estaba la bicicleta de la cesta; allí estaba Amalia.

—Hola, ¿usted por aquí? Está el día bueno para un baño.

—Hola Martín, sí, bueno, estoy exprimiendo lo que me queda de vacaciones antes de que empiecen las clases.

Me fijé en que tenía un libro titulado “La divina comedia” y tuve mi primera metedura de pata.

—Vaya, veo que le gusta a usted la comedia. ¿Es un libro de chistes?

En el momento supe que había dicho alguna tontería, porque ella soltó una carcajada y me dijo que el tal libro iba sobre el infierno y que de comedia nada.

Sentí vergüenza por mi ignorancia y ella debió darse cuenta y empezó a preguntarme cosas sobre el pueblo, sobre la escuela...

El tiempo se pasó volando, me sentía muy cómodo, y las mariposas empezaban a multiplicarse.

Empezaron las clases y yo me dejaba caer a la salida del colegio, la acompañaba hasta su casa, me hablaba de libros, de unos poetas que le gustaban... Y yo, bueno, pues de lo que sabía: de cabras, de queso, de envite... Aprendíamos el uno del otro, tanto fue así que fue tu abuela la que me enseñó a montar en bici.

Habíamos forjado una bonita amistad, pero yo no me atrevía a dar un paso más, hasta que un día me lancé, cogí papel y lápiz y escribí estas palabras:

*Amalia la profesora,
resuena en mi cabeza a todas horas.
A mi vida llegaste,
Y el mundo me cambiaste.
No soy Bécquer ni Neruda,
Pero no te quepa duda
Que desde el Barranco Ruiz
A la Fuente de La Chaurera,
No encontrarás a nadie
que como yo te quiera.*

—¿Y qué dijo la abuela?

Dijo que como poeta no me podría ganar la vida, pero que nadie le había dicho algo tan bonito.

Y desde ese día empezó nuestra historia, compramos los terrenos donde hicimos la casa, nos casamos, tuvimos a tu madre, luego ella fabricó junto a nuestra casa y luego naciste tú y tu abuela nos dejó con una sonrisa, porque jamás vio un ángel más hermoso que tú, tesoro.

Y colorín colorado este cuento se ha acabado. >>

—Abuelo, ¿y por qué donde vivimos se le llama La Punta del Muelle, si jamás vi barcos ni pasajeros?

—Ese cuento lo dejaremos pendiente para otro día. ¿Te parece?

—Está bien, buenas noches abuelito.

—Buenas noches princesa, que descanses.

—La niña ya duerme, me voy a casa, que mañana tienes el día ajetreado.

—Papá

—¿Sí hija?

—Toma un táper con rancho. No te lo comas para cenar, que luego te da ácido.

—Gracias hija, buenas noches.

—Papá.

—Dime hija.

—Quita el cartel de se vende al salir.

—Es un buen tablón, le haré una tabla a Sofía para San Andrés. Este año me la llevo al Molino del Viento. Buenas noches.

—Papá.

—¿Sí hija?

—Te quiero.

Amalia Beltrán



AYUNTAMIENTO DE LA VILLA DE
**SAN JUAN DE
LA RAMBLA**



1 Centenario
de la Villa de
San Juan de la Rambla
1925-2025